

La batalla de Covadonga

Oda.

Historia vero testis temporum
(Cicero)

No canto, no la dulce primavera
que alienta los amores
que acaso lloran su ilusión primera
entre el perfume de lozanas flores:
No canto la armonía
que alegre presta el risueño cenoro
al borque ameno en que feliz se cría,
ni al Ángel canto de las alas de oro
que guarda el sueño de la patria mia.
No canto al heroe que en sus fuertes hombros
llevó un imperio y lo cubrió de gloria,
ni al pueblo augusto que guardó entre cueros
de aquellos siglos la brillante historia;
ni en el camino ardiente
que nunca se entibió con desengaños,
canto al Guadalquivir cuya corriente
regó la flor de mis primeros años.



Canto la fe sublime
del pueblo generoso
que su corona con valor redime;
que al tornar sus palacios en cenizas
herido por su misera fortuna,
en polvo de sus ásperas montañas
para siempre enterró la media luna.

Canto la gloria y esforzado aliento
del pueblo que constante
luchó con ardimiento
vando su pendon siempre triunfante,
del que encerrado en la fragosa sierra
que al cantabrico mar vive o valla
atronó con sus cánticos la tierra
arrollando en su indómita corriente
hasta el fin de las playas españolas,
los restos del imperio de occidente
que hizo rodar por las revueltas olas,
del que en la rota de Rodrigo un día
recogió los pedacros
de aquella ensangrentada monarquía

y en medio de tan debili abandono,
en sus robustos brazos
meció la cuna del nascente trono.
Y como no cantar! Si a su memoria
el corazon entero resucita,
canta la lira sin pesar ni duelo,
y arrebatada por la fe, palpita
el alma que nació bajo este cielo.
Quando a aquellas reconditas pendientes
desgarrado el pendon, rotas las cruces,
llegaron los valientes
vencidos en los campos andaluces,
y en su rencor y vengativo saña
alli clavaron la cristiana enseña
convirtiendo en castillo la montaña
y erigiendo un altar en cada peña,
cuando al morir el aura de la tarde
en languido desmayo
y tembloroso en los confines arde
del sol poniente el moribundo rayo,

Cuando al fulgor del cárdeno celaje
que el horizonte azul tiñe y sombrea,
reflejando en la frente de Pelayo
~~nublada~~^{velada} por la nube del coraje
tostada al resplandor de la pelea...

¿No renace la fe con la esperanza
y el espíritu debel no se alienta?
No se ve aparecer en lontananza
el iris metador de la tormenta?

Es Pelayo! celled; que en sus entrañas
lleva desde la cuna
el valor de su rara nunca extinto,
por eso a las montañas
sube impulsado por su noble instinto
a reencender la lumbré salvadora
con ardoroso brío,
e iluminar con la cristiana aurora
la negra noche del Coram Impío.

Mirad el polvo en raudos remolinos
arrojado por fieros vendabates

2
arrancando en montones del camino
y subiendo en espesas espirales:
Dida la confusion con que por cerros
corre veloz trepando

llevando el sol sus afilados hierros
y en sus auras vestidos reflexando.

Fortes los semblantes por el fuego
del astro abrasador del medio dia
y ondeando en mortifero oleaje
arremeten con furia y griteria
el eco ronco de su voz salvaje,
el impetu feroz de sena impia.

Asi como culebras silbadoras
que van desengarzando sus anillos
subiendo trepadoras

la Sierra donde tienen su guarida
sube el moro en tropel hasta la cumbre
quemando cisneos en cumbre a la subida
y haciendola sentir su pesadumbre.

De sangre annois, de matar hambriento
rugos y rebrama en los derrojos

como tromba impelida por el viento,
como torrente de revuelto río:
luchia y reluchia y sin escapar
sin que el horror le emponga
del cuadro funeral que le rodea,
mas antes que incendiario
la fiera planta ponga
sobre el humido altar del Santuario,
la ~~cima~~ ^{cima} inmemorial de Covadonga
vacila y cruge y por do quier se abre,
y cuando quier en sus gigantes hombros
la mole sostener de aquella loma,
en pedraros la Sierra se desploma
dejandole enterrado en sus escombros.

Fluyen los pocos que aterrados quedan,
y por las faldas del hundido monte
ciegos y mudos despenados ruedan
creyendo se les cierra el horizonte.

Frente, abatida la soberbia frente

corren con ansia loca
maldiciendo el rigor de la fortuna
que ha sepultado bajo aquella roca
con su inmenso poder la medicina
Confusos y aturcidos,
con el terror pintado en los semblantes,
corren despavoridos,
tirando cimitarras y turbantes
por atajos y caminos perdidos.

Nada detiene su cobard huida,
Vencidos por el miedo
ni siquiera detienen ya la vida,
ni dan señales del brutal denuedo
con que aterraron siempre en sus campañas,
sino que piensan en su ciega mente
que recorren de nuevo las montañas
y a desplomarse van sobre sus frentes.

En tal desmayo, sin valor se entregan
a aquellas huestes de indomable furia
que espada en mano sus gargantas siegan
cual mies que troncha el huracán bravo.

.....

Nada quedó! Cuando el naciente día
Tendió su manto de Zafir cubierto,
solo sonaba el eco de agonía
por toda la estension de aquel desierto.

Callaron las blasfemias, los murmullos,
solo en el bosque umbrío
los mutilados cuerpos insepultos
convulsos retemblaban con el frío.

Callose el valle, enmudeció la tierra,
ni un grito se escuchó ni una amenaza,
mas sobre el pico de la antigua Sierra

se abrió triunfante la vencida vara,
y volviendo a latir sus ^{robles} ~~corazones~~ ^{pechos}

despertando del languido desmayo
que convirtiose en entráñable encono,
al grito de Peláyo

que la España corrió de zona a zona,
rescataron con sangre una corona
e hicieron de cadáveres un trono.

Por eso entonces al potente aliento
de aquellos agueridos campeones

que a impulso del cristian sentimiento
 Venaban con la fe los corazones,
 nada imposible fue: rotas rodaron
 las puertas que en Alarcos vencedoras,
 nuestras enseñas de baldon venaron,
 y en Cordoba y Sevilla
 cuando cruzaban sin tranquilas horas
 en grato regocijo,
 vieron sus hijas suspirar esclavas,
 cubiertas de manillas
 por los bravos soldados de Clavijo,
 y los invictos heroes de las Navas.

Y tras la estrella lugubre y sombría
 que tremula y llorosa
 sobre su pueblo vacitante ardia,
 la reina de Occidente,
 oscurecida de Almaron la gloria
 dobló su egregia frente
 y ante el fulgor de la verdad cristiana
 rompió el pasado, destruyó el presente
 y el maná desgarró de la Suttana.
 Y en Covadonga fue!... De allí brotaron

los rayos que encendieron sus hogares
y el imperio semítico arolaron
recluciendo a cenizas sus altares:

Y así todo acaba! Sierra Nevada
blanco sepulcro fue de sus despojos,
y allí en los torreones
que bordaban los muros de Granada
se abrió el tremendo abismo
por donde al cabo en su dolor intenso
miró el rey desdichado,
apagarle la luz de su pasado
y hundirse el sol de su poder eterno.

Y en Covadonga fue!... bajo sus faldas
perdió el Islam su resplandiente historia,
y el pueblo aquel que recogió en sus venas
la sangre de los hijos de Numancia
y hasta con ellos compartió su gloria,
murceno en las cantabrias arenas
que hicieron su arrogancia,
busca la paz en los opuestos mares,
creando al morir inútil su heroísmo
después que en su pendón y en sus altares
dominara la Cruz del cristianismo.
Fin

